



## ELISA CÁRDENAS

Cuando Enrique nos puso a algunos –dijo que a los más antiguos- a buscar una palabra, ya entrados en arqueología me encontré la evidencia de que dios hizo al *cismos* en el año de '87. De aquél nombre telúrico se pasaría luego al más sereno de *desmos*, dentro del cual se sigue albergando una buena parte de aquel núcleo inicial y que ha crecido como ahora aquí mismo puede apreciarse. Pero en aquel momento de fundación llegaron varios en una suerte de oleada migratoria que trajo también a Jorge Durand, a Juan Manuel Ramírez, y en ella llegó para quedarse Jorge Alonso. ¿Qué traía? Muy visiblemente el único doctorado de la comunidad en un tiempo en que eso era una enfermedad rara que ahora se ha propagado tanto. En realidad mucho más que eso, y por eso estaba yo buscando la palabra que me encargó Enrique.

Entonces tuvo que aparecer esa mesa inaugural de discusión con Don Pablo González Casanova, en un segundo piso del edificio administrativo de la UdeG, devastado por una tormenta que la tarde anterior había acabado con la mayoría de los inmensos cristales que la separan del ruido de la Av. Juárez. También aparecieron los preparativos de aquel concurrido foro de Villa Montecarlo sobre el Nuevo Estado Mexicano, y Alonso llamándome el fin de semana a casa de mis padres por estas y aquellas cosas preocupantes. Y luego él mismo narrando a Jaime Tamayo –para justificarse- el chiste del deudor aquel que en medio del insomnio le llama a su acreedor para avisarle que no le va a poder pagar y enseguida se duerme como un bendito.

Buscando la palabra se me apareció también el punto que plantea siempre la publicación de un nuevo libro: el problema no es que uno anuncie el libro y Jorge ya lo leyó, sino que ya le hizo la reseña crítica y, si no, es porque él es el autor. No es problema, es una cuestión de velocidad: en lo que alguien dice *Jorge Alonso* el aludido ya escribió tres veces. Tendría entonces que decirse intensidad, reactividad, dinamismo (¿o hiperactividad?), capacidad para ir y venir entre éste y otros lugares.

Como no acababan de convencerme las palabras quise dibujar, pero no pude dibujar –son muy difíciles- una carcajada. Todos los aquí presentes saben en qué carcajada estoy pensando: esa que acaba con cualquier resentimiento personal en medio de una discusión acalorada, donde el dedo acusador se



yergue contra todas las tibiezas de ánimo. Habría entonces que decir agudeza, generosidad, espontaneidad, impaciencia... para discutir, para diferir, y algunas veces para estar rotundamente de acuerdo.

Como Jorge desde que llegó, llegó para quedarse, aunque viene y va siempre con gran independencia, en esa forma de decir: “cuentan siempre conmigo aunque no me tengan sólo para ustedes”, entonces me pregunté si el *desmos* era como la casachica de Jorge y ahí sí sólo él tiene la respuesta.

Guadalajara, mayo 28 de 2010.